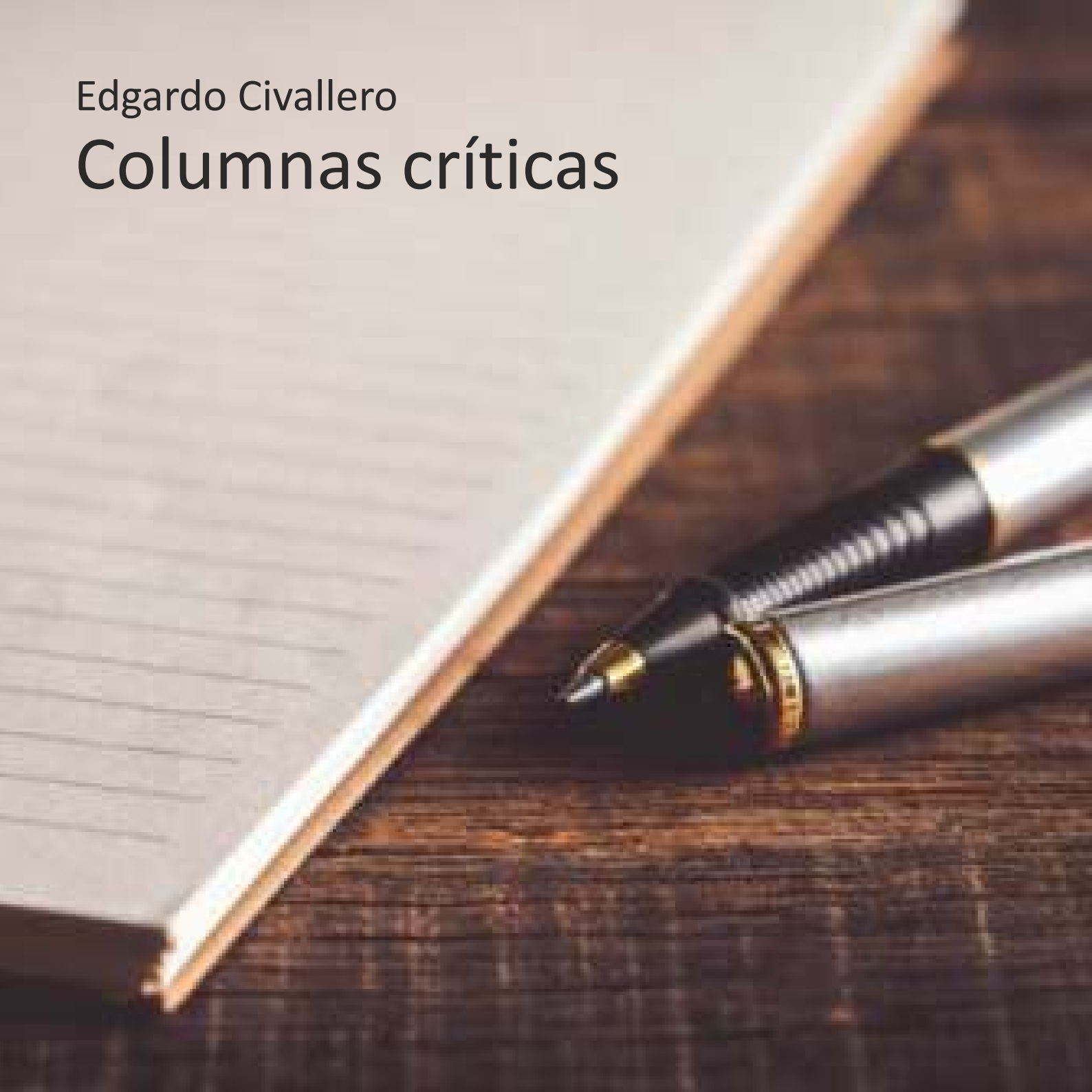


Edgardo Civallero

Columnas críticas



Columnas críticas

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Sobre las bibliotecas humanas (I)

El servicio surgió en los países del norte hace unos años, bajo la etiqueta *human library*. Algo así como "biblioteca humana". Definirlo resulta tan sencillo como triste: se arma un catálogo de personas que se "prestan" para que los "lectores" hablen con ellas.

Lo que en todas partes se llamó (y en algunas todavía se sigue llamando) "sentarse a charlar con alguien".

Estremece constatar la progresiva desaparición de algunas prácticas humanas básicas —la interacción personal, la conversación, el intercambio de conocimientos y afectos, la cercanía, la solidaridad, la comprensión— en una sociedad con un tejido cada vez más empobrecido y debilitado.

Estremece más aún comprobar cómo, en lugar de identificar esas deficiencias y hacer algo para solventarlas (y, ya de paso, abordar críticamente aquello que hace que hayamos llegado a este lamentable estado de cosas), se generan propuestas que no son más que "parches" al problema. Parches a los que se termina convirtiendo en una moda, un *trending topic*, una serie de hashtags, y a los que se presenta como iniciativas avanzadísimas y revolucionarias. Como algo innovador, incluso.

No faltan las bibliotecas que corren a abrazar tales "novedades" sin pensarlo demasiado. En parte por el eterno y enfermizo miedo de algunas a "quedarse atrás" en algo (otra plaga de nuestros tiempos modernos). Y en parte por otro enorme cúmulo de motivos, incluyendo la ausencia de propuestas verdaderamente innovadoras o la desconexión con su comunidad de usuarios.

La mera idea de "bibliotecas humanas" lleva implícita una redundancia. Una biblioteca es (o, al menos, debería ser) "humana" por naturaleza. Si no lo es, si en efecto es necesario hablar de "bibliotecas humanas", existe un serio problema. Uno que, de hecho, es padecido por no pocas bibliotecas (¿"bibliotecas no-humanas"?), y que no se soluciona con la puesta en marcha de este "novedoso" servicio. Se necesita mucho más.

Empezando por lograr que muchas bibliotecas (y sus responsables) cambien su actitud y su visión y comiencen a ver a sus usuarios no como clientes, "likes" en las redes sociales o cifras en sus estadísticas, sino como personas. Con todo lo que ello significa en término de conceptos, prioridades, funciones, objetivos y servicios.

Solo así una biblioteca podrá ser una auténtica biblioteca. Humana por naturaleza.

¿Robots bibliotecarios?

"Developing a service robot for a children's library" [Desarrollando un robot para proveer servicios en una biblioteca infantil] es un artículo publicado en 2014 en el "Journal of the Association for Information Science and Technology". El artículo ha sido muy difundido y celebrado a través de blogs, redes sociales y foros de discusión bibliotecarios internacionales, dado que, al parecer, indica cuál será el brillante futuro de las bibliotecas.

Al parecer, hay países del mundo en los que no hay bibliotecarios disponibles: todos tienen muy buenos trabajos. Para llenar las vacantes en las bibliotecas, se ven forzados a construir robots.

O quizás ocurra que en esos países los bibliotecarios (concretamente, los bibliotecarios infantiles) son tan malos haciendo su trabajo, tiene unas cualidades tan mediocres y una formación tan pobre, que prefieren que sus niños crezcan socializándose con una máquina cuando visitan una biblioteca, en lugar de tratar con seres humanos.

O, a lo mejor, simplemente los bibliotecarios estamos siendo sustituidos por maquinaria más manejable, eficiente y económica, mientras al mismo tiempo habituamos a nuestras generaciones jóvenes a que crezcan interactuando con una pantalla y un robot. Los preparamos así para ese futuro utópico en el que seremos

organismos casi-cibernéticos, casi inmortales, y viviremos en el espacio, entre las estrellas.

Todo ello, al parecer, luce muy prometedor para el futuro de la bibliotecología como disciplina, y para el de sus trabajadores y profesionales. Y, por supuesto, para el de toda de la humanidad.

[¿Por qué no realizar un pequeño análisis de las necesidades y posibilidades en primer lugar? ¿Algún pensamiento crítico, alguna evaluación ética, alguna discusión multidisciplinaria profesional? ¿Por qué no evaluar si todo lo que parece "brillante", "robótico", "moderno" y "tecnológico" puede ser realmente útil, útil, saludable y bueno para las bibliotecas y sus usuarios, antes de correr a abrazarlo ciegamente? ¿O son demasiadas preguntas para responder, en un mundo cada vez más acostumbrado a ir rápido y no perder tiempo en nada, ni siquiera en responder preguntas importantes?]

De criterios y rebaños

Revisando distintos blogs y columnas sobre bibliotecas esta semana, comienzo a tener la sospecha de que muchos bibliotecarios tienen la mala costumbre de comprarse determinadas cosas (modas, tendencias, novedades, teorías, ideas...) en "paquetes". Al parecer, pocas veces miran lo que esos paquetes traen dentro. Y si osan abrirlos y lo hacen, pocas veces se atreven a poner en duda, evaluar o considerar si esos contenidos realmente les sirven, les son útiles.

Podría decirse que hace falta un poco de criterio. ¿O un poco de valor?

A ello se le suma, por lo que percibo, otra mala costumbre: la de imitar, la de seguir a los "referentes". Pero que la biblioteca X haga tal cosa o el gurú Y la recomiende no significa que tengamos la obligación de imitarlos, por muy grande que sea tal biblioteca o por muy exitoso que sea tal gurú. Ellos también pueden carecer de criterio. O sus resultados (que muy pocas veces se describen con contextos, objetivos y otros detalles importantes) pueden estar equivocados... o ser "vendidos" como éxitos: al fin y al cabo, "cocinar" estadísticas no es algo extraño a nuestra profesión, como tampoco lo es "vender" éxitos que no existen para lograr determinados objetivos (¿y obtener determinados presupuestos?)

En resumidas cuentas, tras mis lecturas (varias y variadas) tuve la sensación de que muchos bibliotecarios sufren el "síndrome del rebaño": siguen a la oveja guía, la que lleva al pescuezo el cencerro, ciegamente.

Ocurre que la oveja guía a veces conduce al resto a los pastos. Y otras, al matadero.

Donaciones de libros

Me lo contó un colega, un bibliotecario de Brasil.

Un político local, ávido por hacer campaña, pensó en ir a sacarse las fotos de rigor a una comunidad indígena. Sus asesores le aconsejaron que creara una pequeña biblioteca en dicha comunidad, y que aprovechara la inauguración de la misma para hacerse las fotos. No sería ni la primera ni la última vez que alguien usara a aquellos pobres diablos para sus propios fines, argumentaron.

De modo que mandó un lote de libros —unos libros cualquiera, probablemente inservibles— a la aldea por adelantado, para ir ganando tiempo y que se hicieran todos los preparativos de rigor para la "gran inauguración".

Unos días después el político apareció por allí, con su séquito de asesores-aduladores y los fotógrafos. La comunidad lo recibió con las pocas calles y casas del pueblo totalmente engalanadas con guirnaldas y adornos de papel.

Guirnaldas y adornos hechos con todas las páginas de los libros recibidos. Hasta la última de ellas.

Uno se pregunta si los vecinos de aquella comunidad no entendieron para qué les habían enviado los libros, o si lo entendieron mejor que nadie y actuaron en consecuencia.

Verdes bibliotecas verdes

"Somos una biblioteca verde y sostenible", me anunciaron a la entrada, con una sonrisa. Ocurrió hace poco, en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

"¿Qué los convierte en una biblioteca sostenible?", quise saber. "Bueno, reciclamos nuestros desperdicios y ahorramos energía, y educamos a nuestros usuarios para que también lo hagan en sus casas", fue la respuesta.

Recorrí la biblioteca, apuntando mentalmente las decisiones tecnológicas que habían realizado, la forma en la que habían invertido su presupuesto, los servicios que apoyaban y los que brillaban por su ausencia, los sectores socio-económicos a quienes atendían (y los que no), la información que suministraban y la que subrayaban... No, no tenía nada de sostenible: era una pieza más del enorme entramado consumista en el que vivimos. Ese entramado que está agotando todos los recursos y cruzando todos los límites biofísicos del planeta y se está asomando a una crisis socio-ambiental sin precedentes. Ocurre que son pocos los que se dan cuenta de la cercanía de esa crisis y del hueco que hay tras las palabras "verde" y "sostenible".

En 2013, Robert Engelman prologaba el *State of the World 2013* del Worldwatch Institute con una frase lapidaria: "Vivimos en una era de 'sustainababble' [sosteniblablabla], una cacofónica profusión de usos de la palabra 'sostenible' para significar algo desde 'amigable con el medio' a 'cool'".

Dadas las circunstancias, creo que es hora de dejar de decir tonterías y actuar responsablemente.

Revistas predatoras

Lo cuenta John H. McCool en uno de los últimos números de *The Scientist* (junio 2017, p. 23), en un artículo titulado "Why I published in a Predatory Journal".

Como parte de su campaña para quitarles la máscara a los llamados "predatory journals" o revistas predatoras (publicaciones "académicas" de acceso abierto y baja estofa que invitan a autores a publicar y les cobran una buena suma de dinero por hacerlo), respondió a una solicitud del *Urology & Nephrology Open Access Journal*, que pertenece al tristemente famoso MedCraveGroup.

Escribió un artículo totalmente inventado, basado en la serie de TV "Seinfeld". De acuerdo al propio autor, incluyó una terrible cantidad de ridiculeces en el texto, que podrían haber sido detectadas incluso por un profano en la materia, con una simple búsqueda en Google.

Tras pasar por un supuesto *peer review*, los editores de la revista le informaron que su artículo había sido aceptado. Y le quisieron cobrar 800 dólares por publicarlo.

Una popular lista de "predatory journals" confirmados y sospechados es la de Jeffrey Beall, con más de un millar de títulos.

Y sí: también existen dentro de la bibliotecología y las ciencias de la información.

Peligrosas estadísticas

"Hay dos panes. Usted se come dos. Yo ninguno. Consumo promedio: un pan por persona".

Así funcionaban las estadísticas para Nicanor Parra. El poeta chileno, probable desconocedor de la teoría estadística, entendió sin embargo dos de sus cualidades más destacables y más peligrosas: (a) la capacidad que tienen para ser manipuladas (en su elaboración, en su presentación) y así transmitir una realidad deformada, sesgada o mentirosa, que sirve para confundir y manipular; y (b) la tendencia de la gente a creer ciegamente en las estadísticas, aunque no entiendan qué son ni cómo se construyen (situación de la que surgió la frase anglófona "lies, damned lies, and statistics").

La estadística es una disciplina que maneja herramientas muy potentes. Eso mismo la convierte en una fuente de potenciales amenazas. Todos los manuales de estadística, sin excepción, suelen hacer hincapié en los problemas, los riesgos y los sesgos que implica la aplicación de técnicas e instrumentos estadísticos a un conjunto de datos. Las estadísticas pueden "cocinarse" con una facilidad pasmosa (de hecho, hay libros ya clásicos sobre el tema, como el muy básico de Darrell Huff, y serios informes que alertan sobre determinadas prácticas, sobre todo a la hora de presentar presupuestos o resultados de proyectos).

Los manuales señalan también que el análisis estadístico permite acercarse a ciertos resultados e inferir ciertas cosas dentro de ciertos rangos, e incluso (con las debidas precauciones) establecer hipotéticos patrones y modelos. Pero en ningún caso permite prever algo más que nebulosas posibilidades, o representar supuestas extrapolaciones. Esos manuales también indican que someter datos cualitativos al análisis estadístico es hacerlos pasar por una terrible "cama de Procrustes".

Con todo, en estos tiempos que corren nos encontramos con la "data science", el "data mining", el lenguaje R y toneladas de nuevas técnicas y sus sub-sub-sub-disciplinas (y sus correspondientes cursos, webinars, MOOCs, congresos, conferencias y publicaciones). Que no son otra cosa que la vieja estadística de siempre aplicada a datos con la ayuda de la tecnología contemporánea (y reformateada/rebautizada para que tenga un look más cool). Nos encontramos también con chácharas, declaraciones, trabajos y resultados que demuestran a las claras que los practicantes de estas "disciplinas" no se leyeron los manuales básicos, o que tuvieron una formación muy apresurada y superficial...

Buena parte parece ignorar los dos problemas identificados por el buen Nicanor Parra. Y siguen convencidos de que saben algo...

[Las bibliotecas no son ajenas a las estadísticas. Ni a sus problemáticas. Existe incluso un manifiesto de la IFLA sobre el tema (que, a decir verdad, aporta bien poco). Sin embargo, poco se dice en bibliotecología sobre los riesgos de las estadísticas, sobre los

conflictos... Como ocurre con muchos otros aspectos de la disciplina y la profesión, todo parece ser positivo y genial, cuando en realidad no, no lo es].

Bibliotecas humanas (II)

Este es el catálogo que una de las llamadas "bibliotecas humanas" ofrece en Internet.

<http://humanlibrary.org/meet-our-human-books/>

En resumen: "Venga a conocer a los excluidos, discriminados, olvidados y maltratados por su sociedad. Se los prestamos un ratito".

Sería interesante que se dejara de mostrar siempre a los mismos sectores sociales y grupos humanos, por mucho que se argumente que "es por su bien" o que es "para abrir espacios". Aquellos que quieren conocer a los hilos más frágiles de su tejido social hacen todo lo posibles para acercarse a ellos: hay muchos caminos. Ponerlos en una biblioteca, en un estante, en un escaparate a la vista de todos, puede hacer más visibles sus problemas o sus situaciones, pero no los va a solucionar, y ese escaparate puede convertirse en una picota.

Si vamos a mostrar determinados sectores sociales en las estanterías de la biblioteca, también podríamos incluir en nuestros catálogos a los racistas, xenófobos y neonazis del barrio; a los banqueros que se han robado todo el dinero de sus clientes; a los políticos acusados y condenados por corrupción; a los violadores y agresores sexuales (incluyendo curas y monjas); a los maltratadores de animales; a los *bullies*...

Si queremos hacer algo más positivo, podríamos incluir a los últimos artesanos, artistas, narradores y cantores de la comunidad, y a aquellos que todavía realizan esas tareas y oficios que nuestras sociedades van olvidando. Aunque una biblioteca astuta y comprometida iría mucho más allá y organizaría talleres en los que esas personas, esos "libros vivientes", enseñaran sus destrezas, transmitieran lo que saben. Pues, tal y como están planteadas ahora, las "bibliotecas humanas" no permiten sino satisfacer la curiosidad de unos pocos que miran desde lejos: como los libros, los "elementos" que componen los catálogos de las "bibliotecas humanas" vuelven al estante una vez que la curiosidad de sus "usuarios" se sacia.

Activismo, siglo XXI

El mundo se va al infierno.

Pero no hay que desesperar: nuestras mentes más brillantes han inventado drones que llevarán Internet a todo el planeta.

De ese modo, no importará en donde me esté muriendo de hambre o de sed, en donde esté sufriendo las inundaciones o las sequías que ya tenemos encima, en donde esté padeciendo la guerra, o las penurias que esté pasando por ser un refugiado, en donde se estén secando mis cosechas y muriendo mis animales, o en donde sea un trabajador-esclavo: siempre podré actualizar mi estado en las redes sociales.

Y así podré recibir un montón de "me gusta" solidarios, e incluso algún simpático gif animado, o un dulce emoticono. Y seguramente muchos me re-twittearán. Y otros tantos pondrán mi foto en su muro, junto a un mensaje que diga "Dale me gusta si crees que es valiente". O "Je suis [mi nombre]". Y cuando supere los dos millones de visitas apareceré en los periódicos (ahora los periódicos cubren esas "noticias"), y quizás alguien se anime a crear una página en change.org e incluso organice un crowdfunding (dinero que nunca llegará a mis manos, pero que ayudará a aceitar la "industria de la solidaridad"...).

Y allí seguiré yo, hiper-conectado, recibiendo toda esa hermosa solidaridad en forma de tweets, likes y visitas. Confiando en que alguna deidad invisible las tenga en cuenta y me salve del destino que me espera. Uno que, al paso que vamos, nos espera a todos.

[Todo esto también es aplicable al mundo de las bibliotecas; sobre todo a esos bibliotecarios que creen que por darle "me gusta" a una página de Facebook ya son "activistas"].

Las profesiones del futuro

Se me dice que las profesiones del futuro tienen que ver con la realidad virtual, el *big data*, el *data mining* y la robótica...

Sigo sin leer, entre muchas otras cosas, menciones a la agricultura o a cualquier otra forma de trabajo de la tierra para producir alimentos. Probablemente por esa "repugnancia" que ciertas sociedades modernas y urbanas sienten hacia todo lo que signifique "campesino", término asociado con "atraso", algo que ellas no quieren tener cerca.

Sigo, pues, sin leer menciones a la agricultura, la horticultura, la fruticultura, la producción de alimentos que puedan considerarse/llamarse "alimentos" (y no esas basuras vitaminadas y proteínicas inventadas por algún pobre diablo de Silicon Valley). Y no puedo evitar preguntarme qué van a comer las sociedades del futuro. Si es que, al paso que vamos, queda algo que aún podamos denominar "sociedad".

[A no ser, por supuesto, que esas "profesiones del futuro" estén destinadas solo para ciertos habitantes de este planeta: los que merecen trabajar en algo considerado "una profesión". Los demás seguirán en el mismo limbo en el que se encuentran hoy, cosiendo las ropas de "los elegidos", cosechando su comida, limpiando y reciclando su basura...]

Se me dice también que el futuro de los profesionales de la información (bibliotecarios, documentalistas, o como sea que se estén auto-denominando en estos tiempos que corren) consiste en formarse, formarse y formarse para no ser superados por un robot. Los que defienden eso son los que íntimamente piensan que, en el caso de que a la postre se cumpla la muy probable distopia y todos los trabajadores sean sustituidos por robots (más eficientes, menos falibles, más controlables), ellos conservarán sus puestos de trabajo.

Y luego me acuerdo de ese poema ya famoso (falsamente atribuido a Bertolt Brecht; en realidad, de Martin Niemöller) que termina así: "Ahora vienen por mi, pero ya es demasiado tarde".

Se me dice, pues, que el futuro es de las máquinas. Que ellas harán todo y que nosotros (¿todos nosotros? ¿las sociedades del mal llamado "tercer mundo" también?) podremos dedicarnos a lo que más nos gusta, despreocupándonos de todo lo demás. Y yo me pregunto qué tipo de vida "despreocupada" es esa que nos quieren vender, sustituidos por máquinas, interactuando con máquinas, y mirando la vida pasar a través de una pantalla, virtualmente.

Y cuando termino de perder el tiempo haciéndome todas estas preguntas, vuelvo al trabajo en la huerta. Los tomates no se van a cosechar solos (al menos, no por el momento).

Cuestión de recursos

Cualquiera con dinero es capaz de diseñar, construir y llevar adelante una enorme biblioteca. Una con un diseño moderno, colecciones asombrosas, hiper-conexión, personal abundante y bien pagado, recursos tecnológicos...

El caso es que esa misma biblioteca, colocada en un país sin recursos, dejaría de funcionar. Automáticamente.

Entiendo que, en una sociedad con recursos, este tipo de bibliotecas (y, así como hablo de bibliotecas, podría estar refiriéndome a otras muchas instituciones) son útiles. Pero no creo que sean un modelo a exhibir, o que puedan proponerse como ejemplo, como "buena práctica".

Sencillamente porque son proyectos alimentados con dinero. Y el dinero solo puede usarse como combustible para este tipo de instituciones en un puñado de países del mundo. El resto no tiene tanta suerte.

Y, sin embargo, los congresos internacionales están plagados de este exhibicionismo, casi procaz. A veces parece que quisieran dar envidia, mostrándose como se muestran. O que estuvieran en una especie de competencia, una carrera insensata de gastos e inversiones.

Ocurre que, honestamente, lograr algo por el mero hecho de contar con los recursos necesarios para hacerlo no es motivo de orgullo. "Con buena tierra, agua y yunta, cualquier tonto es agricultor" reza el viejo (y certero) refrán castellano.

Permítanme una sugerencia. ¿Qué tal si diseñamos y elaboramos modelos de biblioteca (y de otras instituciones) cuyo éxito no dependa estrictamente (recalco el "estrictamente") de los presupuestos, de manera que sus principios puedan exportarse? ¿Qué tal si nos dedicamos a poner como ejemplo y como referencia únicamente aquellos modelos que sean realmente replicables, sostenibles en el tiempo, factibles...? ¿Qué tal si alentamos a nuestros estudiantes y a nuestros investigadores a trabajar en la construcción de tales modelos, con el desafío de hacer "más con menos"?

¿Y qué tal si, por una vez, dejamos de alimentarles el ego con nuestra admiración y nuestro aplauso a esa manada de pobres diablos con dinero que siguen dando vueltas por el mundo mostrando "su hermosa biblioteca"? ¿No les parece una buena idea?

Motivos

Sabemos (más o menos) el "qué": qué hacemos los bibliotecarios. Aunque a veces nos lo que hacemos venga dictado por algún funcionario, o por alguna política superior.

Sabemos (bastante bien) el "cómo": cómo hacemos lo que sea que hagamos. Son esas técnicas, métodos y herramientas que hoy por hoy ocupan el 90% de las currículas de bibliotecología de medio mundo.

Suponemos el "quién". Y digo "suponemos" porque generalmente no tenemos demasiado tiempo para conocer como deberíamos a ese "quién" para/con el que trabajamos. O no nos preocupa conocerlo.

Pero tenemos poco claro (o ignoramos completamente) el "por qué" y el "para qué". Y no, no es lo que dice la política institucional, el manual de moda, cierto manifiesto de la IFLA, ciertas directrices de ALA o el "gurú iluminado" de turno.

No siempre tenemos claro por qué y para qué trabajamos. No siempre conocemos nuestras razones, nuestros motivos, nuestros objetivos finales: esos que nos deberían "mover", empujar a la acción, enamorarnos de nuestra profesión, hacer que nos levantemos cada mañana con una nueva idea. Esos que nos deberían hacer llorar y reír. Esos sin los cuales nos sentimos un poco vacíos, vacíos que intentamos llenar

(generalmente sin éxito) en este congreso, en aquel seminario de actualización, leyendo esta revista, o aprendiendo aquella nueva tecnología.

Hay mucho que discutir, mucho que debatir. Mucho que descubrir, que aprender y desaprender. Mucho que corregir, y otro tanto que proponer. Y mucho que pensar. Porque, como escribió el uruguayo Eduardo Galeano en "Los hijos de los días" (2012), "libres son quienes piensan, no quienes obedecen".

¿A qué estamos esperando?

Bibliotecas humanizadoras

Aceptémoslo: vivimos en sociedades cada vez más deshumanizadas.

En ellas cada vez tenemos menos tiempo para comportarnos como seres sociales. O directamente como seres humanos. Y en lugar de hacer algo para remediar ese problema, ponemos parches lamentables que nos parecen "soluciones creativas".

Ya no tenemos tiempo para cortar unas hojas de lechuga y prepararnos una comida saludable y bien hecha. El supermercado nos ofrece una "ensalada" en bandejas de plástico. Ya no tenemos tiempo de salir a conocer a una persona que nos interese, para hacer el amor o para pasar una vida junto a ella. Pero tenemos teléfonos celulares que nos permiten incluso el "ciber-sexo". Ya no tenemos tiempo de ir a hablar con gente que nos interese conocer, o con cuyos proyectos nos interese participar, o cuyos puntos de vista nos interese discutir. Tenemos, sí, programas informáticos que "nos conectan".

Ya no tenemos tiempo de leer, de aprender, de estudiar, de modo que Internet nos lo da todo hecho: masticado y digerido. Ya no tenemos tiempo de caminar, de mirar a nuestro alrededor, de tomarnos un tiempo para nosotros. Tenemos GoogleEarth para pasear por nuestro barrio, y gimnasios en los que correr sobre una máquina media hora para que el corazón no se olvide de cómo era acelerarse.

Ya no tenemos demasiado tiempo para ser humanos. Y el sistema, atento a todo, nos sigue convirtiendo en amebas que pronto no necesitarán moverse de su asiento para nada. Porque estarán "conectados" al mundo...

¿...y desconectados de ellos mismos, quizás?

En sociedades cuyos tejidos se van deshaciendo a pedazos, la biblioteca trabaja para revertir esa tendencia. Apuesta por crear comunidad, proporcionando espacios en donde la gente pueda interactuar, y recordando a esa gente que hay muchas razones para hacerlo...

...lo cual no es una labor demasiado "trendy" en estos días. Pero es una muy importante: una auténtica rebelión contra un sistema y un panorama totalmente desequilibrados. Rebelión, sí. Porque al fin y al cabo, como dice el escritor argentino Alejandro Dolina, "siempre es recomendable, recorrer la vida a contramano, sobre todo si uno sospecha quien ha puesto las flechas del tránsito".

Obsolescencia programada

Hace poco, Greenpeace, junto con iFixit (una web colaborativa de manuales de reparación de productos electrónicos), lanzó un estudio en el que señalaba que Apple, Samsung y Microsoft son los campeones de la obsolescencia programada.

Las empresas diseñan productos difíciles o imposibles de reparar, con vidas útiles cortas o dependientes de software que no se actualiza, entre muchas otras cosas. De esta forma garantizan la continuidad de la cadena de producción y venta: los productos duraderos no son buenos para los negocios. Es preciso que la rueda se siga moviendo, que la gente siga comprando y tirando, para que haya empleo, para que haya crecimiento, para que haya desarrollo...

Viejas y conocidas palabras...

...a las que habría que sumar "para que haya residuos en cada rincón del planeta, para que haya una contaminación inmanejable, para que haya esclavos laborales en la mitad del mundo, y para que la humanidad consuma recursos cada vez más escasos para lograr que un reducido porcentaje de ella se sientan "felices". Razones de peso que no se suelen escuchar muy a menudo en los anuncios (porque es preciso que la rueda se siga moviendo, que la gente siga comprando y tirando, y todo el resto).

¿Tenemos en cuenta la obsolescencia programada en nuestras bibliotecas?
¿Compramos materiales que pronto tendremos que descartar, o apostamos por elementos más sostenibles, reparables, reutilizables? ¿Optamos por soluciones creativas, o por los paquetes que nos vende la publicidad? ¿Somos un eslabón más de la cadena de consumo y descarte, o apostamos por frenar o romper dicha cadena pensando en el mañana, en el futuro?

¿Nos comprometemos realmente con nuestros discursos y declaraciones de "sostenibilidad"? ¿O son sólo... palabras?

La perspectiva del otro

La primera vez que aquel joven inexperto que yo fui alguna vez entró en esa comunidad indígena del noreste de Argentina —una comunidad de cuyo nombre no es necesario que me acuerde ahora— y les anunció que les llevaba "la biblioteca" (con el mismo tono con el que un predicador anuncia a una caterva de pobres pecadores que les trae la salvación de sus almas), recibió miradas intrigadas y una sola respuesta:

—No necesitamos una biblioteca.

Todo lo que había aprendido (o creído aprender) en la universidad fue incinerado en segundos por aquella afirmación. Y yo salí de allí comido por las dudas. ¿Cómo alguien podía no querer algo tan maravilloso como una biblioteca?

El caso es que lo que los habitantes de aquella comunidad —y los de muchas otras, según iría averiguando con el paso de los meses— no querían, aunque no supieran expresarlo demasiado bien, era *el modelo* de biblioteca que yo les ofrecía. *Nuestra* biblioteca. Una biblioteca que los había dejado sistemáticamente fuera de sus estantes. Una que, en no pocos casos, les prohibía entrar a sus salas. Porque eran "indios". Eran sucios, ladrones, no sabían comportarse como personas educadas...

(En aquella época creí que ese problema se limitaba a Argentina. Luego, cuando empecé a viajar, lo encontré en el resto de América Latina. Y del mundo.)

Solucioné la reticencia de aquella comunidad creando un modelo de biblioteca adaptado a sus necesidades (una serie de pequeñas bibliotecas sonoras móviles). Pero fue algo que tuve que descubrir a la fuerza: no me lo habían enseñado. A muchos de nosotros no nos enseñaron que no hay un solo modelo de biblioteca. A muchos de nosotros no nos enseñaron que, para ser exitoso, cualquier proyecto (incluyendo una biblioteca) debe adaptarse a las necesidades y, sobre todo, a las ideas y a las realidades de sus usuarios finales, aunque para ello tengamos que destrozarnos todas nuestras estructuras preconcebidas y tragarnos no pocos prejuicios.

A muchos de nosotros, en fin, no nos enseñaron que una biblioteca es un espacio de encuentro entre una persona (o una comunidad) y el conocimiento. Y que ese espacio y ese encuentro pueden asumir —¡qué maravilla!— miles de formas distintas. Tantas como perspectivas distintas hay en este, nuestro diverso mundo.

Con voz, sin voz

Llevo muchos años trabajando con tradición oral y con sonidos amenazados: lenguas y músicas.

Todo empezó una noche, en el noreste de Argentina, cuando me senté frente a un anciano del pueblo Qom, dispuesto a grabar un par de leyendas. El anciano me tuvo toda la noche en vela, contándome la mitología completa de su gente.

A la mañana siguiente supe que acababa de ser testigo de un espectáculo único, y que quería dedicar mi carrera y mis esfuerzos a evitar que memorias como las de aquel anciano se perdieran en el olvido.

Desde entonces llevo trabajando en un campo muy rico. Y, a la vez, en uno lleno de conflictos y sesgos.

Son muchos los que recogen las voces de los pueblos indígenas y de otros grupos "minoritarios": colectivos que han sido castigados y masacrados o, en el mejor de los casos, ignorados e invisibilizados. Y son muchos los que, al recoger las historias, las memorias, las quejas y las luchas de esos pueblos, aseguran estar "dándole voz a los sin voz".

La afirmación es de una arrogancia sin límites.

Asume que esos pueblos —todos esos hombres y mujeres— no tienen voz, cuando en realidad la tienen, y bien fuerte. Otra cosa es que no haya oídos interesados en escucharla.

O bien asume que la única "voz" que puede considerarse como tal es aquella que llega a la mayor cantidad de oídos: la voz de los medios, la dominante. Lo cual equivale a aceptar que no ha vida fuera de los medios, y a avalar un statu quo injusto y denigrante, que da y quita "la voz" de acuerdo a sus intereses, y que suele necesitar de intermediarios para que ciertas historias sean contadas.

Yo fui uno de los arrogantes que creyó dar voz a los que no la tenían.

Con los años terminé entendiendo que no hacía falta darles voz: hacía falta quitarles las mordazas.

Y a nosotros (especialmente a los que trabajamos como bibliotecarios, gestores de la memoria humana) nos hace falta quitarnos las anteojeras que nos mantienen en nuestra cómoda realidad y echar un vistazo a nuestro alrededor. Créanme: lo que van a encontrar les asombrará.

Solo para académicos

Las instituciones de conservación de la memoria se ocupan de preservar fragmentos del patrimonio intangible de nuestra especie. Algunas de ellas se han especializado en fragmentos determinados: por ejemplo, en los sonidos amenazados (lenguas y músicas) de determinadas sociedades indígenas.

No son pocas las instituciones de este tipo que trabajan desde una posición "externa", es decir, sin la participación directa de los dueños de los saberes y las memorias que pretenden salvaguardar. Los (a veces auto-proclamados) "salvadores" no suelen tener otro contacto con los "salvados" (que a veces ni quieren ni necesitan ser salvados, por cierto) que el necesario para "extraerles" la información que alimenta sus proyectos.

Unos proyectos que suelen ser académicos, vinculados a universidades o instituciones similares y abiertos solo (o parcialmente) para académicos. Lo que delata los motivos y las intenciones de esas instituciones y de sus gestores.

¿Es posible que el hijo del hombre que aparece en el registro X de un archivo oral no pueda acceder a él porque no es un investigador académico? ¿Es posible que, para acceder a sus saberes, la familia del músico (ya fallecido) que aparece en el registro Y de una biblioteca musical tenga que pedir una autorización exponiendo sus motivos? ¿Cómo es posible que la memoria humana —parte de nuestro patrimonio como especie, y una parte supuestamente amenazada, que necesitaría, teóricamente, de

una mayor visibilidad— sea propiedad (virtual o real) de unos pocos, y que esos pocos, en lugar de hacerla circular, se conviertan en sus rabiosos perros guardianes, limitando su acceso?

Suele argumentarse que los que proporcionaron esos testimonios y permitieron que esos registros se grabaran dieron su consentimiento para tales usos. Los que llevamos un tiempo trabajando en estos temas sabemos muy bien lo poco informados que suelen ser los "consentimientos informados", y lo mucho que puede esconderse tras la frase "esta grabación será utilizada con fines académicos".

Y los que llevamos igual de tiempo lidiando con la Academia también sabemos del interés de los tesisistas y becarios por encontrar alguna cultura "rara" que les permita hacer un trabajo "interesante"; de las peleas por proyectos que puedan dar algún rédito (económico o del otro); de los muchos "recolectores" de oralidad y memoria que terminan convirtiéndose prácticamente en los "autores" de tal memoria (y creyendo tener derechos sobre ella) por el mero hecho de haber sido un eslabón más de la cadena y haberla recogido; y de cómo se perpetúa la jerarquía y el statu quo de la Academia, y sus valores exclusivistas y excluyentes...

Afortunadamente, las humanidades digitales están cambiando el panorama. Y llegará el día en el que todos esos registros, conservados bajo siete llaves para doctores y docentes universitarios en los almacenes de bibliotecas, museos y universidades, quedarán abiertos para el uso de todos.

Pues eso es: un bien de todos.

Hacer con lo que queda

Cuenta la historia que al violinista Itzhak Perlman, en uno de sus conciertos, se le partió una cuerda de su instrumento. Una rotura indisimulable. El director detuvo la orquesta que lo acompañaba y lo miró, esperando su decisión: seguir o parar. Perlman cerró los ojos un momento y luego le hizo un gesto para que continuara.

El concierto fue majestuoso. Sublime. El público aplaudió a rabiar al terminar. Tras los aplausos, Perlman dijo: "A veces la tarea del artista es encontrar cuánta música puede hacer con lo que le queda".

La anécdota —probablemente una leyenda urbana— es usada por muchos psicólogos actuales como parábola contra la envidia. Pero son muchos los bibliotecarios (especialmente en los países llamados "en desarrollo") para los cuales la frase no es una parábola sino una realidad cotidiana. Son muchos los que saben de esa tarea "artística" de descubrir cuánto se puede hacer con lo poco que uno tiene, con lo poco que le queda.

Cualquiera que haya visitado las bibliotecas escolares del sur de la provincia del Chaco o de las Sierras Grandes de la provincia de Córdoba, en Argentina (por no hablar de las del monte de Santiago del Estero, la puna de Salta o la estepa de Neuquén) sabe que esos maestros-bibliotecarios hacen verdaderos milagros con los pocos recursos que

tienen a su disposición. Milagros cotidianos que requieren de mucho esfuerzo, mucho compromiso, mucho sacrificio... Un trabajo poco conocido y nada reconocido.

Un trabajo replicado por bibliotecas móviles y rurales y públicas y populares en toda América Latina. Una labor invisible, oculta a las grandes revistas y a los grandes congresos, as las cátedras y a las grandes bibliotecas, pero que componen la base sobre la que se asienta el sistema bibliotecario del continente.

Sería recomendable que esos bibliotecarios no se vieran forzados a trabajar en esas condiciones, luchando por hacer algo con nada. Sería aconsejable que las autoridades pertinentes se ocuparan de solventar esos problemas, y que las bibliotecas con más recursos mostraran su solidaridad.

Y, en todo caso, mientras esa ayuda llega —y cualquier que haya vivido en América Latina sabe de sobra que tardará mucho en llegar—, sería decente mostrar todo el respeto y toda la admiración para aquellos que hacen todo lo que hacen con lo muy poco que les queda.

Biblio-precarios anónimos

El hombre se pone de pie y se dirige al resto de los asistentes a aquella reunión, sentados en rueda en torno a él.

— Hola. Me llamo Juan, y soy bibliotecario.

— Hola, Juan — responden a coro los demás.

Y Juan comienza entonces a desgarnar todos sus problemas, todas sus amarguras, todos los inconvenientes que enfrenta en su día a día como bibliotecario. O "biblio-precario", como él y sus colegas han comenzado a auto-denominarse debido a la alarmante precarización laboral de su profesión. Los asistentes asienten, pesarosos: quien más, quien menos, todos ellos se identifican con aquel colega y con sus tribulaciones. Es por eso que se reúnen allí, en la Asociación de Biblio-precarios Anónimos: para compartir sus penas, apoyarse, darse ánimos o compartir esperanzas, estrategias y soluciones.

¿Fantasía? Sí, en efecto. Pero basta dictar un curso, un seminario o una conferencia sobre bibliotecología social a la que asistan más de veinte bibliotecarios para encontrar que el turno de preguntas se convierte en una suerte de reunión de "biblio-precarios anónimos": bibliotecarios que aprovechan el espacio para quejarse, denunciar o lamentarse de sus condiciones de trabajo.

Unas condiciones de trabajo, en efecto, cada vez más lamentables, y sobre las que, al parecer, ninguna asociación profesional, sindicato o colegio tiene control. Parece faltar poco para que la Asociación de Biblio-precarios Anónimos pase de ser una fantasía a una realidad.

Libros y magias

"Liber est lumen cordis, speculum corporis" (El libro es luz del corazón / espejo del cuerpo), dice el célebre fragmento "Quid est liber?" incluido en el *Codex Miscellaneus* (fol 26v), texto del siglo XI conservado en Toledo (España).

Bella definición. Aunque, a veces, me gusta explorar otras, más allá de los clásicos. O inventarlas.

El problema es que, en este último caso, obtengo más preguntas que respuestas.

Si, como dice el poeta colombiano Jairo Aníbal Niño, "un gato es una gota de tigre" (¿y un tigre es un aguacero de gatos?), un libro ¿es una gota de qué? ¿De saberes y creatividades? ¿De recuerdos y sueños? ¿De experiencias, buenas y malas? ¿De todo ello (y mucho más)? ¿De nada de ello?

¿Y una biblioteca es un aguacero de libros (y de otras cosas)? ¿O también podría ser una gota de algo (una tangible gota de nuestra intangible memoria colectiva, por ejemplo)?

Sea como sea, la sola posibilidad de que el libro (y otros documentos) y las casas, contenedores y espacios que los cobijan (llámense como se llamen) permitan este tipo

de juegos habla a las claras de su valor. Es una pena que el mundo parezca avanzar, a trancas y barrancas, hacia una realidad que da la espalda a saberes y memorias.

Y que nos estemos convirtiendo, como señalaba el filósofo español Julián Marías, en unos seres primitivos con demasiada información.

Usando tres planetas

La idea fue planteada por los investigadores estadounidenses Jennie Moore y William E. Rees en 2013, en el capítulo 4 del ya célebre informe "State of the World" de *The Worldwatch Institute* titulado "Is Sustainability Still Possible?".

Midiendo la huella ecológica de la población humana actual, es posible detectar que aproximadamente la quinta parte de la población mundial vive en países de renta alta (la mayor parte de Norteamérica, Europa, Japón y Australia, más las elites consumistas de los países de renta baja). Para mantener su nivel de vida, esa quinta parte se apropia de las cuatro quintas partes de los recursos naturales mundiales, y genera la mayor parte de los residuos nocivos (incluyendo los gases de efecto invernadero).

Grosso modo, esa quinta parte, ese sector de la humanidad, vive como si dispusiera de los recursos y la capacidad asimilativa de tres planetas Tierra.

Y, por supuesto, pocos de los miembros de ese sector están dispuestos a renunciar a su modo de vida. Muchos prefieren no mirar, a otros no les importa (siempre que no se toquen sus privilegios), y otros apuestan por un utópico *wishful thinking* ("en un futuro cercano todos nos iremos a Marte", "en un futuro cercano la ciencia solucionará todos nuestros problemas", etc.)

Ocurre que, al paso que vamos, no habrá futuro cercano. Y la ciencia está muy lejos aún de solucionar nuestros problemas.

Mientras tanto, los bibliotecarios... ¿hacemos algo al respecto? ¿Somos parte del problema? ¿De la solución? ¿Tenemos siquiera una mínima idea de lo que está ocurriendo, y de cuál es o podría ser nuestro papel en esta situación? ¿O somos, nosotros también, partícipes del *wishful thinking*?

Cimientos

Daniel González Linacero, maestro republicano español (asesinado por pistoleros falangistas el 8 de agosto de 1936), fue autor de un volumen escolar titulado "Mi primer libro de historia"...

En el último párrafo del texto, el autor señala a sus potenciales lectores que las dos grandes virtudes sobre las que se asienta la vida son la cooperación y la solidaridad.

En la sociedad actual, en la que los valores de mercado pesan más que muchos valores sociales, esos dos cimientos de la vida, esas dos "virtudes" que tan bien identificó González Linacero parecen condenadas a perderse.

¿Qué hace la biblioteca al respecto?

De compromisos y derrotas

En su libro *Una izquierda darwinista* (New Haven: Yale University Press, 2000), el filósofo australiano Peter Singer comenta su encuentro con el belga-estadounidense Henry Spira, célebre activista por los derechos humanos y animales:

"Cuando le pregunté por qué se había pasado más de medio siglo luchando por esas causas, respondió sencillamente que estaba de parte del débil, no del poderoso; del oprimido, no del opresor; de la montura, no del jinete. Y me habló de la inmensa cantidad de dolor y sufrimiento que hay en nuestro universo, y de su deseo de hacer algo por reducirla".

Muchas veces semejante compromiso no obtiene los resultados deseados. Son días y días de lucha, de esfuerzo y de sacrificio que, a la postre, terminan no llevando a ninguna parte. En esos casos, cuando los ánimos decaen, es preciso recordar lo que escribió el español Claudio Rodríguez en su poema "Lo que no es sueño" (incluido en *Alianza y condena*; Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1965):

"Estamos en derrota, nunca en doma".

Sonambulismo tecnológico

El teórico político estadounidense Langdom Winner (1944) trabaja en los aspectos sociales y políticos que traen aparejados los cambios tecnológicos modernos.

En "La ballena y el reactor" (1986), Winner plantea lo que él llama "una noción reveladora": la de sonambulismo tecnológico. Según el autor, caminamos voluntariamente dormidos a través del proceso de reconstrucción de las condiciones de la existencia humana por parte de la tecnología contemporánea.

Una tecnología que afecta con fuerza al conocimiento, sus formas de producción, distribución y socialización, y los espacios en los que ese conocimiento se gestiona. Incluyendo las bibliotecas.

¿No podría decirse, de muchos profesionales de la información actuales, que son verdaderos "sonámbulos tecnológicos"? ¿Hemos evaluado las consecuencias de tal sonambulismo para nuestra profesión, los bienes que protegemos, los usuarios a los que servimos?

Y, sobre todo... ¿hay forma de despertar?

La necesidad de la rebeldía

Está bien trabajar en comunidad.

[No en rebaño, y con pastor. En comunidad, digo: horizontal, igualitaria, equilibrada...].

Pero también es bueno que haya al menos uno de nosotros caminando al costado del mundo, fuera del grupo.

Porque la comunidad va a necesitar esa visión desde fuera y desde lejos.

Y porque andando al costado del mundo es más fácil ser el pionero que explore otros caminos, que se pierda recorriéndolos, y que regrese para contar sus aventuras y desventuras, sus recomendaciones y sus advertencias...

Está bien trabajar en comunidad, sí. Juntos, unidos como parte del mismo tejido que cuida de todas sus hebras porque sabe (o debería saberlo) que si una de ellas falla, la trama se deshace.

Pero también es necesario que existan esos flecos rebeldes que, apenas agarrados al tejido por un extremo y con el resto flotando al viento, sin mayores ataduras, exploren la realidad —toda la realidad— y la cuenten desde su propia perspectiva.

El rebelde es necesario. Su visión es única. Es la voz crítica, la que no se amolda a lo esperado o estipulado. Es el scout que va a mirar más allá del horizonte y vuelve a contarle. Es el que conoce los límites, el que ya anduvo abriendo trocha en la selva de ideas y acciones, el que estuvo mirando desde las lindes del mundo...

No es una tarea fácil. Porque cuando vuelve de sus viajes (externos e internos), el rebelde suele ser rechazado: la comunidad lo percibe como un inadaptado, alguien que anda por esos senderos ásperos porque le disgusta la compañía de sus semejantes. El caso es que no siempre es así; en realidad, casi nunca lo es. Ocurre que el rebelde gusta de la soledad y de la aventura, de la búsqueda de otros caminos... Pero también gusta de volver.

Y, cada vez que regresa, tiene mucho que contar. ¿Por qué no darle la bienvenida, prestarle una silla y escuchar con simpatía lo que tiene para decir?

Contenidos "étnicos"

Recientemente fui invitado al Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia, a participar, entre otras cosas, de una mesa en la cual se habló sobre "contenidos étnicos". Y allí estuve, siendo parte de un encuentro con colegas de diferentes orígenes y diferentes culturas, incluyendo afro-colombianos y miembros de las llamadas "sociedades originarias" o "indígenas".

Y si bien ya llevaba mis reparos y mis dudas acerca de la temática a tratar, fue allí, en esa reunión profesional, cuando las brechas y las sombras del asunto se me hicieron más grandes y más profundas.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a "contenidos étnicos"? En general, de contenidos pertenecientes a culturas "otras", culturas etiquetadas como "étnicas", que nunca son la oficial, la estándar, la "nuestra". El propio adjetivo "étnico" tiene ciertas connotaciones exóticas y exoticistas, folklóricas incluso, de coloridas minorías rurales o de comunidades alejadas de la "civilización": otras lenguas, otras músicas... otro todo. Cuesta mucho percibir a esos "otros" como parte del "nosotros", de nuestras sociedades nacionales y regionales de Abya Yala (plurales y diversas, aunque nos cueste verlo y aceptarlo).

Atendiendo a la etimología de la palabra, contenidos "étnicos" son contenidos que representan a un "ethnos" determinado, y eso comprende los de la sociedad

"dominante" y mayoritaria, los de la cultura nacional y oficial. Pero esos no suelen ser incluidos dentro de lo "étnico": lo "étnico", en América Latina, suele ser lo "indio" y lo "negro" (y lo "mulato" y lo "mestizo", por derivación). Lo diferente, lo "minoritario" (es decir, lo minorizado).

Personalmente, tengo la sensación de que mientras sigamos utilizando ese tipo de etiquetas (o cualquier otra, a decir verdad, no importa lo empoderados que estén sus usuarios) seguiremos creando "guetos" ideológicos y sociales, seguiremos metiendo grupos enteros de personas dentro de cajas claramente marcadas. Cajas que no son "lo nuestro", cajas que no son ni van a ser "nosotros": a no ser que se transformen en algo que no son (ni quieren ser), seguirán siendo "el otro".

Y, más que solucionar el problema de las gigantescas brechas sociales que aún padece nuestro continente, creo que al hablar de "étnico" las estamos reconociendo, naturalizando y manteniéndolas. Seguimos perpetuando el colonialismo imperialista que puso al "otro" en la posición de "otro". Y nos alejamos de una solución que tienda puentes y reduzca distancias.

